

Tres mujeres alrededor de la laguna

Beatriz Vignoli

(Ofelia cae tres veces: de la rama del sauce hasta el arroyo; de su flotar, hasta el fondo de las aguas; de las aguas a su tumba de suicida. Ofelia flota en el agua con todas sus flores, con todas sus palabras a la vez. Como ya no puede hablar, canta).

Hay en el Museo del Louvre un óleo de Leonardo Da Vinci, *La Virgen y el Niño Jesús con Santa Ana* (c. 1508), que representa en estilo realista y con una composición piramidal a tres generaciones: abuela, madre y nieto. Los rostros son dulces y armoniosos, suavizados por un claroscuro *sfumato* en la técnica al aceite de lino que utilizaba el florentino. Como en un juego de *mamushkas*, María se sienta en la falda de su madre y trata de abrazar a su hijo, quien a su vez intenta atrapar a un corderito, alegoría de su futuro sacrificio. En el paisaje, detrás de todos ellos, delante de unas montañas bajo el cielo azul, se divisa un árbol de hojas perennes.

Los reinos superiores del primer plano (divino, humano y animal) se ven bien diferenciados de los reinos inferiores del fondo: lo vegetal, lo mineral, los elementos. Lo que ve el ojo contemporáneo es que las cuatro figuras posan con un telón decorado detrás, como en un estudio fotográfico. La escena presupone una mirada entrenada en el relato bíblico.

Linajes de mujeres, el animal como símbolo del destino, una temporalidad implícita en lo simultáneo de la imagen, un artificio paisajístico revelado como tal: eso, y el volumen logrado con el claroscuro de la técnica del óleo al aceite de lino aplicado en capas, constituyen lo *leonardesco* de los óleos recientes de la pintora Paula Grazzini.

Tres en un paisaje. O una mujer sola, como *La encajera* de Vermeer o la *Ofelia* de Millais. El cuerpo se cierne sobre el objeto y lo envuelve con la mirada. Una mirada y un cuerpo que prescinden del espectador, absortos en su mundo. Ni la mirada sale del cuadro al cruce de otra mirada, ni el cuerpo espera ser mirado. La *veduta* (la ilusión renacentista de que el cuadro es una ventana) funciona como la cuarta pared en el teatro.

“Paseos, paseos, / paseo de las pequeñas parcas alrededor de la laguna, / no en Sicilia, / no aquí [...] ¿Qué me une al paseo, qué me une a / esas misteriosas mujeres tan pequeñas, / tan altas como mi madre? [...] el vuelo de esas libélulas –que sacan vida / de la luz– que nacaran / las microscópicas mesetas de unos súbitos delirios...”. Estos versos de Arturo Carrera, de su libro *El vespertillo de las parcas* (1997), inspiraron a Paula Grazzini su tríptico *No es aquí* (2011), que marcará un giro en su producción. Porque a partir de allí el espacio pictórico se vuelve cohesivo en torno al autorretrato.

Había trabajado primero con muñecas y modelos. “Son siempre figuras de mujeres y tienen que ver con la propia identidad, con las propias experiencias, entonces siempre aparece el cuerpo femenino que temáticamente es una de mis obsesiones”.¹

Con *No es aquí I* inicia una serie de desnudos para los cuales posa ella misma. Siguen *Ritos de desapego* (2011), *Tamizadora* (2012), *Camaradería con la duración y el sentido de las cosas* (2013) y *Equilibrio fakir* (2013). El punto de partida para cada una de estas complejas composiciones, donde se yuxtaponen diversos planos de representación (paisaje, objeto y figura, actualizando los géneros tradicionales), es el registro fotográfico de una *performance* privada, una ceremonia íntima, un teatro del yo.

(Ofelia canta, como el arroyo, con una voz que es muerte pesada. Las palabras son cosas en sus bolsillos. Comida robada en los bolsillos de la que, sin boda ni banquete, flota. Dirá la reina que es el peso del agua lo que habrá sumergido sus vestidos. Señalará, la reina, el lugar de su caída: a la altura del sauce tuerto, resbalando en una ramita frágil, allí cayó, con sus guirnaldas. Hablará la reina del inútil espejo de las aguas, de cómo relumbró en ellas el envés color ceniza de las hojas del sauce. Emblemas de muerte en el ojo del agua que canta y no oye, manía lacrimosa en el ojo canoro del agua que no ve. Ofelia canta, como el arroyo, con una voz que es muerte pesada. La reina vestirá su tumba renga de flores dulcemente nupciales).

Rosario, primavera de 2013

¹ Paula Grazzini, entrevista por Beatriz Vignoli, galería Krass, Rosario, 23/10/2008

